



Heridas del incendio Joaquín Marta Sosa

Cuerpos de contienda

Un cuerpo
es una historia,
penuria de confines
que no sabes dónde lleva,
y la vas dejando atrás
mientras ella, pese a ti,
crece ilimitada.

Los cuerpos sólo y siempre
son los cuerpos:

así perduran,
e incluso si la entrega acierta
como un espejo abierto
y triza las paredes,
nada los convierte en uno,
el amor apenas los acerca
sin borrar, unir, disolver,
diferentes sin remedio
cada uno es en sí mismo
campo de amares y querellas
donde las fronteras,
en su obstinación contra las piedras,
ni se confunden ni se salvan
pues ningún cuerpo
recibe en otro abrigo.



Conciencia y resplandor

Ahora que te veo a contraluz,
como si las sombras
derivasen del camino
hacia ti misma,
ahora,
cuando me pareces tan hermosa
como para dejar a un lado
claridades, paradojas
que parecían revelarme lo que eras,
pero ante mis ojos
levantaban sus murallas
y estaba obligado a preguntar,
amante,
por las razones del amor
que descubrió las horas cada noche
o resplandor,
en la perpleja razón de que te amara
para creer que eran tu resplandor
y tus insignias
lo que en ellas se ocultaba:

y así fue la luz
y no la oscuridad
la enemiga del amor entre nosotros.

Límite asediado

Convertidos los cuerpos
en nubes que el cielo no repite,
fuera y dentro de mí
se lanzan
con la avidez de un caballo
brillante, infatigable,



o mil frutas de agua limpia
con el olor de los sudores
reverberando en las carnes
a punto de emprender
el despliegue de los barcos.

Y nada más subsiste ni me queda.

Pese a ello asedia una pregunta:
¿es ya la hora de invocar algún adiós,
y que todo sin clemencia
lo extermine cada cuerpo
al cerrar las puertas
que de par en par se abrieron
para que nada dejara de habitarlos,
 nogales y demonios,
 dioses y piedras,
aguas de mil fuentes?:

pero tanto el tuyo como el mío
eran también precederos,
 desmedidos, pequeños y mortales,
para lo que llegaron a desear.

Sueño en el desierto

Vienes a mis sueños
con tu danza ritual en medio del desierto,
y la arena se aparta con su humareda silenciosa
para que den vuelta tus pasos
y tus ojos risueños turben mi corazón
como si no hubiese pasado un día desde entonces.
Tu ceremonia se levanta al frente de la casa,
erguida contra el viento,
con sus manos serenas



254 *Heridas del incendio*

en el rezo profundo del que se alimenta el aire,
las piedras, los animales pardos,
las rosas invisibles
que cruzan por las dunas en esas altas horas.
Miras y prometes sonreírme
mientras el velo granate
rodea con flores la sequedad del agua
en esa vuelta acompasada
que permite al lienzo, al vino,
abrazarse a tu cuerpo con ternura.
El tiempo se dispersa con las brumas
pero tu danza sigue y sigue
no sé si en la memoria,
en el amor perdido,
en los destinos que perduran
a pesar de que su término
ya fue sobrepasado.
Siguiendo al sol tras las arenas
la tarde en ti se inclina
como parte de la danza,
en esa música, en tus vueltas delicadas,
que deben, por este instante al menos,
llegar del paraíso,
y fijan mi vida a su recuerdo.
Entre tanto, al fondo,
presente e invisible,
mucho antes de tu realidad
y de mi sueño,
en sus blanquísimos relámpagos
preparan sus mares abundantes
la muerte y el olvido.



Nocturno de cigüeñas

La noche fértil de cigüeñas
corona el cuerpo de la iglesia
y estremece los cantos de madera,
antiguos, silenciosos,
y por la luna y la montaña
pasa el agua.

El tejado anochece,
impaciente como una heredad
donde los siglos son discretos junto al puente
y en la vocación de cada paso
que tejó la permanencia
de los ojos y la tierra.

Vuelven las cigüeñas,
las voces que cruzamos,
sus vuelos oscuros de esa hora;
de nuevo sus palabras de madera
cantan, llaman,
sin preocuparse del amor
ni de la arcilla de las tejas,
dedicadas a una persistencia
que sobrepasa cualquier corazón
por espléndido que sea.

Bajo estas frondas nocturnas
camina la pareja
en las sombras interiores de su tiempo;
uno y otro ven el río
que nada comenta de flores ni de piedras;
y, callados, intuyen
que pocos sentimientos resisten una noche
como ésta, que, a veces,
nos encuentra a cada vuelta



256 *Heridas del incendio*

en un lugar del mundo inagotable
donde al regresar,
si regresamos,
alabaremos el nocturno de cigüeñas
donde tanto amor nos abordó
sin pretender ninguna salvación.

Aguas diferentes

Si miras en el fondo del mar
apartando sus olas rumorosas, verdes,
la espuma que a tus pies conversa,
y no miras de nuevo ese cielo
que es otro más, pero silente, inmóvil,
bello como la eternidad de las praderas,
encontrarás llantas resquebrajadas,
cajetillas de cigarros, lodosas, retorcidas,
cadenas de hierro oxidadas,
pañuelos sucios e inadmisibles esqueletos
de barcas, mujeres, peces,
 tesoros, aves, hombres
y fósiles de viajes que esperan continuar;

al otro lado está la luz, creemos,
en sonidos, ruidos, tiendas, vidrieras,
sin la penumbra helada del fondo de las aguas
que permanece en un silencio
intocable y quieto
que sólo allí se ve,
donde tanta gente, si anda por su carne,
siente heridas y dolores
y más allá de ellos,
como un dios seguro de su fuerza,
poco sufren
a lo largo del destino que no descifrarán;



arriba parece albor, al fondo oscuridad,
e inseparables,
siempre que el miedo no te venza
ante la copa del amor,
pues si la acercas a tus ojos y al trasluz
o la recuerdas en los licores que, pletórica, contuvo,
te conducirá hacia el mar sin duda alguna,
porque al fondo, al otro lado, inevitable,
la verdad siempre es distinta.

Señales del vino

Cuando apareces ¿dónde lo haces?:
no un ave devorada por el mar,
quizá apenas su mínimo, invisible
corazón vibrátil;
otras veces será una lámpara apagada
cuya luz tan íntima
se escapa en el fondo de los ojos
hacia el alma que está ciega,
y al abrirse en nubes
detrás no tiene oro ni cielo,
sólo una larga senda indescifrable
que no sabes si es imposible caminar,
que se apasiona en discutir
si el vino cala entre sus voces;

eso es lo que ha nacido
si el árbol se remece en alguna de sus ramas,
la que menos presume de hojas y certezas;
pero no se te aparece de verdad,
la llevas dentro, la llevas, la mirada,
y te surge de la boca y de los ojos:
y en ella mujeres, hombres,
hijos y frutas sin ninguna geometría,



258 *Heridas del incendio*

ahondados en el tiempo crudo,
en la piel y el corazón,
sólo asequibles
en algunas palabras provisorias;

y es tan inagotable su final
que te ahoga y te desborda
pues respira sola en una casa muy pequeña
ofrecida en vida y música sin horas
en carne que palpita de rescoldos y miseria;

todos la llevamos, dicen,
desconozco si está en todo
y si en todo intenta mantenerse
incluso hasta la muerte,
si a veces lo consigue, o siempre,
no se sabe,
y sin que ella nos ignore,
somos capaces de ignorarla
y el poema sobrevive, navega y se deshace.

(inéditos)